

Con Un Beso Muero

Mabel Marín

Oscura y fría.

Una bóveda.

Semanas de espera en la distancia.

Un día de espera en la muerte.

Una hora de espera en la

inquietud.

*Y al fin... como Píramo y Tisbe, como Calisto y Melibea o tal-
vez como Romeo y Julieta... Manuel y Elena.*

Solos.

Extraño silencio.

Manuel de pie.

Sus brazos caídos.

Su mirada baja.

Su cabello desordenado.

El horror.

El miedo.

La sangre.

Manuel: *Despierta... despierta.*

Silencio.

Permanece inmóvil.

Manuel: *Abre los ojos, por favor.*

Un leve lamento.

La incertidumbre recorre su piel.

Sus manos tiemblan.

Se arrodilla.

Derrotado.

Manuel: Elena, por favor. Despierta.

Una lágrima.

Manuel: Ya no me queda nada, Elena. Nada.

De pronto, un ligero destello de luz en el rostro de Elena.

Vida.

En sus ojos.

En su piel.

¿En su alma?

Elena: ¿Manuel?

Manuel suspira.

Agitado.

Su nombre.

¿

Aliviado?

Manuel: Aquí estoy.

La abraza fuerte.

Oculta su rostro en ella.

Elena parece perdida.

Angustia.

Manuel: Elena. Elena. Elena.

Repite su nombre como si buscara un consuelo.

*Como si con ese nombre pudiera llenar un
inmenso e inagotable vacío, "Elena".*

Manuel: Tenía una sensación extraña. Un vacío en el estómago. Tenía la certeza de que algo iba a salir mal, de que no ibas a despertar, de que... Pensé que me que-

daría solo, para siempre, atado como un alma en pena a tu recuerdo. Muerto o encerrado, daba igual. Imaginaba tu cuerpo frío y a mí... deshaciéndome entre la rabia y la tristeza.

Elena se aleja.

Elena: ¿Hace cuánto llegaste?

Manuel: Hace un momento.

Elena no lo mira.

Silencio.

Manuel sí.

Se aleja.

Manuel: ¿Sólo eso vas a decir?

Elena calla.

El vacío.

Manuel: Elena.

Elena: Necesito un momento. Todavía estoy un poco dormida.

La mentira hiere.

Manuel: Claro...

Silencio.

Elena: ¿Qué hora es?

Manuel: De madrugada.

Elena: Eso es obvio. Lo que te pregunté fue la hora.

Manuel: No sé exactamente.

Elena: ¿Viniste a cualquier hora? Tenías que venir a una hora exacta. Tienes que saber...

Manuel: Vi la hora antes de salir.

No hay palabras.

La mirada de Elena basta.

Manuel: Salí a la una. Deben ser como las dos y media o las tres. ¿Cuál es el problema con la hora?

Elena: Estuve muerta casi dos días, merezco saber a qué hora resucité. Eso es todo.

Silencio.

Manuel: Elena.

Elena: ¿Ah?

Manuel: ¿No te alegra verme?

Elena: Por supuesto que sí. Perdón. Ven.

Manuel se acerca lentamente.

Con la mirada fija.

Se abrazan.

Se besan.

Ojos cerrados.

Manuel: Pensé que había despertado otra persona.

Elena: Yo también.

Manuel: ¿Y tú por qué?

Silencio.

Manuel: Estás... como ahogada.

Elena lo mira como si de repente él lo supiera.

Elena: ¿Por qué saliste a la una? ¿Cuánto tiempo llevas esperando?

Manuel: No mucho.

Elena: Pero si saliste a la una...

Manuel: No vine directo.

Elena: ¿Por qué?

Manuel: Pasé a comprar un par de cosas.

Elena: ¿Qué cosas?

Manuel: No tiene importancia.

Elena: Cuéntame.

Manuel: Te dije que no tiene importancia.

Elena: Quiero saber.

Manuel: Pasé a una farmacia por un par de cosas.

Elena: ¿Qué cosas?

Manuel: No te pongas necia, Elena.

Silencio.

Elena: No es necesidad. Estoy confundida. Sólo quería conversar un poco.

Manuel: Ya tendremos tiempo para conversar. Vamos, el aire te hará bien.

Elena: No.

Silencio.

Lo inevitable.

Elena: Todavía no.

Silencio.

Manuel: Lo sabía.

Elena: Manuel...

Manuel: Sabía que esto iba a pasar.

Elena: No es eso...

Manuel: ¿Entonces qué?

Elena: Ya te dije, estoy un poco confundida, dormida. No quiero salir así. Todavía tenemos tiempo. Esperemos unos minutos. Sólo un poco. Necesito recuperar fuerzas.

Manuel la mira sin querer mirarla.

Manuel: Está bien. ¿Quieres algo? Tengo agua.

Elena: No. Sólo déjame respirar un poco.

Largo silencio.

Elena lo mira.

Manuel espera.

Manuel: ¿Me lo vas a decir ya?

Silencio.

Sólo se miran.

Manuel se acerca.

Manuel: Elena...

Elena: Déjame respirar.

Manuel baja la mirada.

Se aleja.

Manuel: Te arrepentiste.

Elena: ¡No! Sólo dame unos minutos y estaré segura... lista.

Manuel se desvanece.

Manuel: No puede ser, no puede ser. ¿Por qué ahora? ¿Por qué en el último momento, Elena?

Manuel se acerca.

Acaricia su rostro.

Manuel: ¿Qué pasa? ¿Ya no me amas?

Elena: Sí te amo.

Manuel: Entonces vamos, todo está listo. Todo será como lo planeamos. Encontré un lugar precioso, te va a encantar. He pensado tantas cosas durante este tiempo, he estado...

Elena: ¿Un lugar?

Manuel: ¿Pensaste que nos íbamos a ir a la nada? Necesitamos una casa.

Elena: ¿Y no te parece que yo también debería haber participado en la elección?

Manuel: Claro, pero no estábamos en condiciones de buscar juntos la casa ideal, ¿o sí?

Elena: Entonces debiste esperar.

Manuel: ¿Esperar qué?

Elena: A que estuviéramos juntos y así los dos escoger.

Manuel: ¿Y tú crees que hay un “catálogo de casas seguras para fugitivos”? ¿Cuánto tiempo crees que tardé en encontrar ese lugar?

Elena: Pero lo encontraste. Juntos también hubiéramos encontrado algo... y estoy segura de que hubiera sido mejor.

Manuel: Tienes razón. Tal vez un par de noches a la intemperie te hubieran hecho bien.

Elena: ¿Dónde es?

Manuel: ¿Qué?

Elena: La famosa casa.

Manuel: Ya lo verás cuando lleguemos.

Elena: ¡Ah, es doble sorpresa!

Manuel: ¿Sabes qué? No estoy para sarcasmos. Si te gusta bueno y si no... ya veremos qué hacemos.

Elena: Si no quieres sarcasmos, entonces habla claro.

Manuel: ¿Para qué te voy a hablar de un lugar que no conoces?

Elena: ¿Cómo sabes que no lo conozco?

Manuel: Porque eres tú, Elena. No has caminado más que sobre pisos de oro toda tu vida.

Elena: A veces no te reconozco, Manuel. No me tienes ni el más mínimo respeto.

Manuel: Sólo trato de hablarte claro, como lo pediste.

Elena: ¿Cómo se llama el mugriento lugar?

Manuel: ¿Ves de lo que te hablo?

Elena: ¡Contesta!

Manuel: El nombre no tiene importancia. Es en el campo. Y punto.

Elena: Me vas a llevar a vivir a un lugar construido en tu imaginación.

Manuel: Es real.

Elena: Voy a vivir rodeada de vacas y boñigas imaginarias en un lugar que ni siquiera tiene nombre...

Manuel: Sí tiene.

Elena: ...porque no existe.

Manuel: ¡Sí existe! ¿Me vas a decir de una puta vez qué demonios te pasa?

Silencio.

Breve pero intenso.

Elena: Creo que todo esto no es una buena idea.

Manuel: ¿Ahora? ¿Ahora te parece una mala idea!

Elena: ¿De qué vamos a vivir?

Manuel: Voy a trabajar.

Elena: ¿En qué?

Manuel: Estoy buscando algo seguro.

Elena: ¿Vamos a vivir escondidos toda nuestra vida?

Manuel: No, después de un tiempo, cuando hayan pasado unos años...

Elena: ¡¿Años?! Vamos a vivir como esas personas...

Manuel: ...el asunto va a dejar de ser importante...

Elena: ...que se internan en las montañas y no salen nunca más, y cuando salen son raros, y no saben comunicarse bien...

Manuel: No. No vamos a ser así.

Elena: Hablas del campo, de lugares sin nombre, de un trabajo inseguro...

Manuel: ¡Un trabajo seguro, dije un trabajo seguro!

Elena: Un trabajo que no tienes no puede ser seguro. ¿Cuánto vas a ganar?

Manuel: No sé.

Elena: ¿Eso te parece seguro?

Manuel: Por eso no lo tengo aún, porque estoy buscando algo que realmente sirva.

Elena: ¿Y eso más o menos qué sería? ¿Peón de una finca?

Silencio.

Manuel: Si tuviera que trabajar bañando cerdos, lo haría.

Silencio.

Manuel: Elena, cuando se tienen sueños hay que aprender a volar y dejar el nido. Aunque al inicio nos rompamos el alma contra el suelo.

Elena: Manuel, no es el momento para tus destrezas poéticas. Estoy tratando de que hablemos realistamente. Tenemos un problema.

Manuel: No. No lo tenemos. Lo estás inventando, que es distinto.

Elena: Nuestro futuro es incierto, “es un signo de interrogación, una moneda lanzada al aire”, Señor Poeta. Pero a ti te parece que todo está perfecto.

Manuel: Yo también tengo miedo.

Elena: No es miedo, es... bueno, sí, es miedo. Tengo miedo a la incertidumbre de la vida que me espera.

Manuel: Vamos a ir poco a poco.

Elena: No, Manuel. Hay asuntos que ya deberían estar resueltos.

Manuel: ¡Ah, no! Decídete. Primero me dices que debí haberte esperado para tomar decisiones juntos y ahora me dices que ya debería tener resueltas las cosas. ¡Decídete y facilítame el asunto!

Elena: ¿Te parece que esto es fácil?

Manuel: ¿Por qué siempre hablas como si estuvieras haciendo esto sola? ¡Obvio que sé que no es fácil! Yo más que tú. He estado escurriéndome como un zorro, de pueblo en pueblo, mientras trato de conseguir algo decente que ofrecerte. ¡Una vida feliz en este maldito exilio!

Elena: Ese es el punto. ¿Cómo se construye una vida en medio del miedo? ¿Cómo se olvidan padres, hermanos y amigos? ¿Cómo? Yo no sé hacerlo.

Manuel: ¡Ya sabías el plan, nunca vamos a volver! Así que tendremos que aprender.

Elena: La vida que he llevado no se compara con la que tú me propones vivir.

Manuel: Supongo que barrer una casa no va a matarte

Elena: ¡No estoy hablando de eso! Sin embargo... debo aclararte que nunca lo he hecho.

Manuel: ¡¡¡No importa!!!

Silencio.

Descontrol.

Manuel: Perdón. No importa, esas cosas no importan.

Elena: No podemos vivir sólo de amor. Esto no es una tonta comedia romántica.

Manuel: ¿Entonces qué sugieres?

Manuel duda.

No quiere escupir la posibilidad.

Elena espera.

No quiere ser quien la escupa.

Manuel: ¿Separarnos?

Silencio.

Manuel: ¿Eso quieres?

Silencio.

Elena: No. Es sólo que... nada... no sé... ¿Qué hora es?

Manuel: ¿Necesitas que te explique nuevamente por qué no sé la hora? Solo sé que es más tarde que hace un rato y que si no nos apuramos, aunque quisiéramos, no lo vamos a lograr. Tal vez eso es lo que quieres, que amanezca y me descubran, que me lleven preso, y así no tendrás que irte conmigo. ¡Que venga la muerte! ¡Eso es lo que quiere Elena!

Elena: No digas estupideces.

Manuel: No creo que sea una estupidez. Siempre temí que lo bueno durara poco.

Silencio.

La búsqueda de una nueva excusa.

Elena: ¿Ha pasado algo?

Manuel: ¿Cómo qué?

Elena: No sé, algo que deba saber. Yo estaba muerta. ¿Cómo fue todo? ¿Cómo reaccionaron mis papás, la gente? ¿Qué se murmuraba en las calles?

Manuel: No sé mucho, yo estaba lejos, ¿recuerdas?

Silencio.

Manuel: Luis me contó que fue el entierro más caro que se haya visto.

Elena: Me lo imaginaba.

Manuel: La gente decía que te veías como un ángel, toda vestida de blanco, adornada con flores. Te llevaban en alto y todo el mundo lloraba. Tu mamá de vez en cuando lanzaba un grito de horror, suplicando morir también. Tu papá en cambio se mantuvo como ausente, ensimismado, cubierto por una sombra oscura, no pronunció palabra. Tu nana no paró de hablar y llorar lanzando toda clase de lamentos, conjuros y rezos. Algo así me dijo Luis.

Elena: Qué horrible. No puedo creer que yo haya hecho esto. Nunca me lo van a perdonar.

Manuel: Tal vez sí, tal vez no. Todo el mundo fue al entierro. Hubo buena música, buena comida y flores de todo tipo.

Elena: Es una lástima, tanta gente reunida en mi honor y yo ni siquiera me di cuenta.

Manuel: Yo me lo imaginé todo mientras Luis me lo contaba, casi me lo creí.

Silencio.

Manuel: Los días previos tuve muchas pesadillas y estos últimos días no he podido dormir.

Elena: ¿Qué soñaste?

Manuel: Soñé que ibas a buscarme y me encontrabas muerto. Era un sueño raro porque yo estaba muerto y sin embargo pensaba. Y tú me besabas tanto, tanto, que poco a poco me inyectabas vida, y entonces yo resucitaba convertido en un rey. ¡Ja! Pero rápidamente me veía atrapado y te trataba de alcanzar, pero no lo lograba, por más que corría no tenía las fuerzas suficientes para llegar a donde estabas. De pronto te veía borrosa, aparecía acá, pero no estabas; y te llamaba, te llamaba mucho, pero no te encontraba.

Elena: Yo también soñé.

Manuel: ¿Qué?

Elena: No lo recuerdo bien, sé que soñé, pero no lo tengo claro. Antes de tomar la pócima tuve muchas dudas, pensé que talvez el Padre, asustado por habernos casado, había encontrado la solución dándome veneno. Luego tuve miedo de despertar antes de que llegaras. ¿Podré respirar en un sepulcro?, pensaba. ¿Y si muero asfixiada? Y pensaba en los restos que me iban a estar rodeando, los olores, los espíritus, y en medio de los nervios, sin darme cuenta, bebí. Y sé que soñé, soñé que las cosas no salían bien.

Manuel: Como hasta ahora. Al fin y al cabo durmiendo sueñas la verdad.

Silencio.

Un "sí" resuena en sus cabezas.

Distinto para ambos.

Elena: Pobre Padre, confié en que nuestra unión serviría para convertir el rechazo de mi familia en amor.

Manuel: Y puede ser, Elena. Aún no lo sabemos. Hoy es nuestra oportunidad. Estábamos tan seguros de esto.

Elena: Ya antes has estado muy seguro de cosas y luego has cambiado de opinión.

Manuel: ¿De qué me estás hablando?

Elena: De tu forma de ser. Justo antes de conocerme pasabas deprimido, recorriendo lugares sombríos. Pasabas las noches llorando hasta el amanecer y apenas el sol se asomaba corrías a esconderte en tu cuarto, con cortinas y puertas cerradas, creando una noche artificial que te permitiera seguir sufriendo por el amor de tu vida.

Manuel: Es absurdo lo que dices y la forma como lo dices.

Elena: ¿Vas a negarlo?

Manuel: No. Pero quien te haya contado eso exageró bastante. Yo siempre fui reservado con respecto al tema y a mis sentimientos.

Elena: Pero los tenías.

Manuel: No lo voy a negar. Pasé largas horas tristes, cansado de no ser correspondido por Susana. Pero eso era un amor de humo, un soplo de suspiros que se esfumó en el momento en que te vi. Yo realmente no sabía qué era el amor.

Elena: Si Susana te hubiera hecho caso ahora no dirías eso.

Manuel: Simplemente me parecía linda porque no conocía a otras más lindas. Pero no la amaba. Me molestaba su terca actitud de santa. El amor joven está en los ojos, no en el corazón.

Elena: ¿Y maduraste apenas me viste? ¿O decidiste apagar un fuego con otro fuego?

Manuel: Sabes que no es así, Elena. Lo nuestro es amor real. Magia. Fue como un hechizo en la mirada. Desde la primera noche, ¿recuerdas?

Elena: Claro.

Manuel: Con la luna, el balcón, tu pelo suelto, el vino...

Elena sonríe, por primera vez, sinceramente.

Elena: ¡Cómo voy a olvidarlo! Te veías como el príncipe más ebrio de la historia.

Manuel: Ya le quitaste todo el romanticismo.

Elena: Habías tomado hasta por la orejas.

Manuel: No es cierto.

Elena: Sí es cierto. Te estuve observando toda la noche

Manuel: Yo también te miré toda la noche. Resaltabas como una paloma blanca en medio de cuervos.

Silencio.

Manuel: Nunca te había visto, pero sentí que te conocía desde hacía mucho. Como si toda mi vida hubiera estado esperando ese momento. Como si en el fondo de mí, desde siempre, hubiera estado esperando por esa noche. ¿Me entiendes?

Elena: Sí.

Manuel: Rocé tu mano y te besé.

Manuel se acerca.

Evocando.

Manuel: “Suplico un beso por mi salvación”.

Elena se aleja con disimulo.

Elena: Si mis papás supieran que todo lo que gastaron en el funeral fue en vano, serían capaces de matarme para que valiera la pena.

El vacío.

Un tiempo para que Manuel se recupere del evidente rechazo.

Manuel: No creo, iban a gastar lo mismo en la boda. De hecho, creo que reciclaron todo lo que ya estaba pagado, desde la comida hasta los músicos.

Elena: Claro...

Silencio.

Elena: ¿Cómo... cómo está? ¿Cómo reaccionó?

Manuel: ¿Quién?

Elena: ...Jaime.

Elena sólo lo mira.

Esconde la vergüenza.

Manuel: No creo que eso importe. ¿O sí?

Elena: No.

Manuel: ¿Entonces?

Elena: Simple curiosidad.

Manuel: ¿Podemos irnos ya?

Elena: ¿Pero le importó por lo menos?

Desesperación contenida.

Ambos.

Elena: ¿Se veía triste? ¿Preocupado?

Manuel: ¿Sabes qué? No. No le importó. Ni una lágrima. Luis dice que estaba tranquilo. Que incluso se veía feliz, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Elena: ¡Qué!

Manuel: Que estaba feliz por no tener que casarse contigo, por no tener que estar suplicándote atención, ¡por no tener que estar dentro de una familia de mierda, que lo único bueno que tiene para ofrecer es plata!

Elena: ¿Así que eso es lo que piensas?

Manuel: ¡No! ¡Eso es lo que ese imbécil pensaba mientras consolaba a tus primas mirándoles las tetas! Pero para ti él es la perfección, la síntesis ideal de virtud y belleza. ¡Un maricón con plata, eso es lo que es!

Elena: ¡Suficiente!

Manuel: ¿Qué? ¿Lo vas a defender?

Elena: No te permito que...

Manuel: ¡Elena! ¡¿Lo vas a defender?!

Elena: Esa no es manera de expresarse. No importa de quién estés...

Manuel: ¡¿Lo estás defendiendo?!

Elena: ¡No!

Manuel: ¡¿Crees que no tengo derecho?!

Elena: Manuel, cálmate.

Manuel: ¡¿De dónde surgió todo esto?! ¡¿Dónde empezó el problema?!

Elena: ¡Ya!

Manuel: ¡No me voy a calmar! ¡Por su culpa estamos en esta mierda! Porque el chiquito de papi y mami pidió una muñequita para navidad. ¡Mi muñequita!

Elena: Yo no soy ninguna muñequita, ni tuya ni de nadie. Y estamos aquí por tu culpa.

Manuel: ¿Por mi culpa?

Elena: ¡Sí! ¡Por tu comportamiento salvaje!

Manuel: ¿Preferirías que fuera yo el muerto?

Elena: ¡No! Que no hubiera muerto ninguno.

Manuel: El salvaje no fui yo, fue tu primo. Yo traté. Soporté sus ofensas doblando la rodilla. Con calma y cortésmente le insinué que tenía razones para estimarlo y apreciarlo. Le pedí que quedáramos en paz. Nada le importó, siguió como un loco. Miguel trató de hacerlo entrar en razón. Pero tu primito comenzó a golpearlo frente a mis ojos. ¿Sabes lo que es tener en brazos a un amigo agonizando por tu propia culpa? No podía quedarme como si nada.

Elena: Eso es lo que debiste haber hecho, nada.

Manuel: ¡El mató a Miguel!

Elena: Entonces Antonio tenía que pagar por su crimen, pero no eras tú el que debía hacer justicia. Por ese exceso te desterraron y terminamos separados. Ya no se trataba de pedirles a mis padres que te aceptaran como yerno a pesar de ser pobre, sino que aceptaran como yerno al asesino de su sobrino. ¡Qué estupidez estoy

diciendo, ya no se trataba ni siquiera de que ellos te aceptaran! ¡Eres un fugitivo, un asesino fugitivo!

Elena se quiebra.

Elena: ¡Desterrado! No hay fin, límite o medida para la muerte que da esa palabra. El destierro nos mató. ¿Tienes idea de cuánto lloré? ¿De cuánto gemí y me revolqué en el piso?

Manuel: Lo mismo que yo.

Manuel se acerca a Elena.

*En un intento desesperado, trata de abrazarla.
Trata de besarla.*

Elena: No me toques.

Silencio.

Elena: Te comportas como una bestia. Pateas cosas, dices vulgaridades, haces estupideces... Lo siento, pero no. Todo tiene su límite.

Silencio.

Manuel: Elena, llevo media hora esperando.

Elena: ¡Qué!

Manuel: ¿Cuánto tiempo más tiene que pasar para que te atrevas a decirme que hoy no vamos a salir juntos de aquí?

Silencio largo.

Elena lo mira.

Manuel la mira.

Manuel: ¿Qué es lo que esperas? ¿Ah?

Silencio.

Manuel: No me voy a mover hasta que lo digas. ¿No tienes valor?

Elena: Cállate.

Manuel: ¿Eres una cobarde?

Elena: ¡Cállate!

Silencio largo.

Elena: ¿Me amas realmente, Manuel? Si me quieres, dímelo, pero dímelo de buena fe.

Manuel la mira.

Manuel: Te juro por esa luna santa...

Elena: No jures por la luna, la inconstante, la que cada mes cambia. No podría con un amor tan variable.

Manuel: ¿Por qué debo jurar entonces?

Elena: Mejor no jures, o jura por ti mismo.

Manuel: Te juro por mi...

Elena: ¡No! No jures, esto es absurdo, es imprudente, es demasiado brusco y extraño.

Manuel: No, al contrario. Ambos deberíamos jurarnos amor.

Elena: Yo te di mi amor hace tiempo. No puedo dártelo otra vez.

Manuel: ¿Por qué no? Sé generosa y dámelo nuevamente.

Elena: Cuando el sentimiento no se satura de adorno, se logra apreciar de verdad. Sólo los pobres cuentan su dinero, si nuestro amor es tan rico, no tenemos necesidad de contar nuestra fortuna, además...

Manuel: ¿Sí?

Elena: Nada, olvidé lo que iba a decir.

Manuel: Esperaré hasta que lo recuerdes.

Elena: No tiene sentido. Vamos.

Silencio.

Manuel: Espero no estar soñando.

Recogen las cosas.

Manuel a alta velocidad.

Elena cómo si aún esperara algo.

Elena: Hace frío.

Manuel: Toma mi suéter.

Manuel, sin pensar.

En una nube de ilusión.

Se quita su suéter.

Queda al descubierto su camisa blanca...

blanca pero manchada.

Elena: ¿Qué es eso?

Manuel: ¿Qué?

Elena: Tu camisa. Está toda manchada. ¿Es sangre?

Silencio.

Golpes de corazón.

Manuel: Ah... sí...

Silencio.

Golpes de corazón.

Manuel: De camino me tropecé.

Elena: ¿Te hiciste daño?

Elena se acerca.

Manuel se aleja.

Manuel: No, no es nada. Fue un rasguño, me limpié en la camisa. Luego me la cambio.

Elena: Déjame ver, ¿dónde te heriste?

Manuel: Elena, no estoy para otro jueguito de retención. Ya va a amanecer, se nos está acabando el tiempo.

Elena duda.

Elena: Está bien.

Ambos salen.

Transcurren unos instantes antes de que...

Manuel: ¡Elena! ¡Elena!

Elena regresa.

Elena: ¡No! ¡No! ¡Cállate! Quítate la camisa.

Manuel: Ya te...

Manuel también regresa.

Elena: ¡Quítate la puta camisa!

El la mira muy serio.

Mirada extraña.

Mirada de aquel que no tiene salida.

Lentamente se quita la camisa.

Elena: Date vuelta.

Manuel se gira.

Elena lo mira fijamente.

Ahogo.

Elena: ¿De quién es la sangre que mancha las piedras de la entrada? No es tuya. Estás intacto.

Manuel: No llegué a tiempo, Elena; llegué antes.

Manuel gira de nuevo.

De su bolsillo saca una cadena que Elena inmediatamente reconoce como propia.

Elena se cubre la boca para no gritar.

Manuel: Este es mi obsequio para ti. Pensaba dártelo más tarde.

Elena: ¡Imbécil! ¡Animal! ¡Maldito!

Elena se lanza sobre Manuel golpeándolo violentamente. Manuel trata de detenerla.

Con un golpe fuerte a la cara, lo logra.

Elena llora.

Talvez por el golpe.

Talvez por Manuel.

Talvez por él.

Talvez por ella.

Sola.

Manuel: Eso era lo que queríamos, ¿no? Pues ya está. No nos va a molestar más.

Elena: ¿Qué hiciste?

Manuel: Como si no lo supieras.

Elena: ¡Cállate!

Silencio.

Elena: ¿Dónde está?

Manuel: Afuera.

*Elena de pie.
Mira hacia afuera.*

Manuel: Está muerto.

*El vacío.
Elena comienza a salir.
Manuel la detiene con violencia.*

Manuel: ¡Dije que está muerto!

Elena: ¡No!

Manuel: ¡Sí! Y mientras me llenaba de su sangre, sólo pensaba: “¡Qué demonios hace Jaime aquí!”.

Elena: ¿Cómo pudiste? Eres todo lo contrario de lo que parecías, tienes un alma de serpiente, de dragón...

Manuel: No estás respondiendo a mi pregunta. ¿Qué hacía Jaime aquí?

Elena: ¡No sé!

Manuel: Yo tampoco. Pero sí sé que no debía estar aquí. Necesito que me expliques, Elena. Iba a dejar el tema para después, para cuando ya estuviéramos lejos...

*Manuel sale.
Elena desorientada.
Manuel vuelve a entrar cargando dos bultos.*

Manuel: ¿Por qué Jaime traía tus cosas?

Silencio.

Elena: No sé.

Manuel guarda silencio.

Elena: Déjame salir.

Manuel: No. ¿Para qué?

Elena: ¡Déjame!

Manuel: ¡Que no!

Elena: ¡Quiero verlo!

*Manuel sale y vuelve en segundos con el cuerpo de Jaime.
Brutalmente apuñalado.*

Manuel: ¡Aquí está!

Elena cae.

Manuel tiene un desvanecimiento distinto.

Por dentro.

*La mirada de Elena lo
ha destrozado.*

*Las alas del
amor que un día
lo llevaron
hasta ella, ahora
lo dejan caer
lentamente.*

Quietud.

Lento acercamiento.

Elena.

De rodillas.

Sin más.

Elena: Jaime...

Manuel: Eres una tonta. Ni siquiera te quería.

Silencio.

Manuel: Yo sí te quería. Más de lo que jamás pensé amar. Hubiera cruzado mares para encontrarte. Era capaz de todo por ti, Elena. Capaz incluso de matar. Matar por amor.

Elena: Eso no es amor.

Manuel: Sí lo es. Incluso hace un momento. Entré a esta tumba destrozado. Y cuando te vi despertar comprendí que por más grande que fuera el sufrimiento, no superaba la alegría de volver a verte con vida. Y cuando después vi tu rostro ahogado, en espera de alguien más, alguien que no era yo, incluso en ese momento sólo pensaba en llevarte conmigo. Y si no lo lograba quería que me encontraran y me mataran, porque prefiero la eterna oscuridad a arrastrarme el resto de mi vida sin ti.

Elena: No tienes idea...

Manuel: Sólo quiero saber por qué. Sólo eso.

Silencio.

Lágrimas.

Manuel: Cuando lo vi pensé que te iba a robar... y salté sobre él sin pensar, ¡salté por amor! ¡No quería perderte otra vez!

Silencio.

Manuel: Me pediste que confiara en ti. ¡Y yo confié! Dijiste que demostrarías ser fiel, más fiel que las que saben fingirse distantes. ¿Y qué hiciste?

Silencio.

Manuel: Jugar. Jugar con mi amor. Me mataste, Elena. Me arrancaste el corazón y lo tiraste a la basura. Eres una mala persona. Tus sentimientos están sucios. No sabes lo que es un beso sincero, no sabes lo que es sentir que el alma se te va en un abrazo. Tus ojos no tienen vergüenza, son capaces de mentir a mis ojos que sólo existían para ti. Que brillaban sinceramente, enamorados, llenos de un fuego que después se convirtió en lágrimas. No tienes amor para dar. Nuestra historia nunca existió, fue un estúpido cuento romántico. Me mataste, Elena. Ya no tengo alma, en esta noche se ha quemado en mí todo destello de ilusión, ha desaparecido la persona que alguna vez pude ser. Tú no mereces nada de mí, ni mis palabras, ni siquiera mis lágrimas.

Elena: Manuel... yo sí te amo...

Manuel: ¡Cállate! No te atrevas a mentirme nuevamente. No te atrevas a pronunciar esas palabras en frente de mi cara. Nunca supiste lo que es el amor, lo que es sentir por dentro un... un... no sabes lo que es.

Elena: ¡Lo viví contigo!

Manuel: ¿Y con él también? ¿Un corazón partido en dos? Eso no es amor. “Un corazón partido por dos amores es un viento que no tiene salida, araña y se revuelve, pero no tiene salida... y eso duele”. Eso no es amor, es capricho. Y ahora que lo pienso me doy cuenta de

que no soy tan desdichado. Porque sentí y amé de verdad. Porque una flecha me alcanzó, me quitó las alas y me hundió bajo el peso del amor. Porque la primera vez que te vi, sentí mis ojos desmentidos, pues nunca hasta ese momento había conocido la belleza y quise atrapar tu sonrisa sólo para mí. No es tierno el amor. Es duro, áspero y violento. Se clava como una espina y no sale más. Pero supe lo que es el amor, y fui feliz con sólo poder rozar tu mano. ¿Pero tú?

Elena: Yo sé lo que es la angustia y el tormento.

Manuel: Tú sólo sabes lo que es la crueldad.

Elena: También sé lo que es amar, Manuel.

Manuel: ¡No!

Elena: ¡Déjame hablar! Yo cargué con la pena, con la pena de un amor imposible.

Manuel: Imposible para tus padres. Y por eso aborrecí mi sangre y negué mi nombre, porque eran menos que los tuyos.

Elena: ¡Yo hice lo mismo!

Manuel: ¡Mentira! Me pediste a mí que lo hiciera porque tú no estabas dispuesta.

Elena: No es cierto.

Manuel: “Quítate el nombre y a cambio de él tómame a mí entera”. ¿No lo recuerdas?

Silencio.

Elena: No entiendes nada. Era más fácil huir que quedarse. Yo estaba dispuesta a quedarme y enfrentarlo todo. ¿Tú conoces a mi papá? Es un hombre capaz de decir: “Que te cuelguen, descarada rebelde, o te casas con quien yo digo o en tu vida me vuelves a mirar a la cara. Haberte tenido fue una maldición”. Yo estaba dispuesta a enfrentar a ese hombre. Y traté, juro que traté. Pero cada vez todo era más complicado. Tú ya estabas lejos y Jaime estaba ahí. Mi papá empezó a amenazarme y de pronto tenía una boda encima. Supliqué que se aplazara para poder pensar con claridad, pero fue imposible, nadie me entendía, todos me veían y me trataban como una idiota. Incluso mi nana, la que siempre nos ayudó, de pronto ya no paraba de repetir lo guapo que era Jaime y lo feliz que iba a ser si me casaba con él. Y mientras la maldecía por decir esas cosas, pensaba en matarme y terminar con el dolor de una vez y por todas. Fui donde el Padre exigiéndole una solución a mi problema, amenazándolo con matarme si no me la dada. Y entonces, desesperadamente, opté por esta única y loca idea para poder fugarme contigo. Y ya muy tarde me di cuenta de que no era esto lo que quería, que no estaba dispuesta a pasar la vida de esta forma, no estaba dispuesta a hacerlo aunque eso significara perderlo y entonces quise cambiar las cosas, quise tomar las decisiones correctas para no sufrir, y no pude. Me equivoqué, cometí un error. Soy un ser humano como cualquier otro que se equivoca y se confunde. De un lado tenía magia, locura y amor, y del otro lado tenía futuro. ¡Tenía realidad! Las fantasías son fantasías, y se deben acabar, no son la realidad. Cuando una fantasía se extiende demasiado pierde la magia. Quería tenerte en mí como mi príncipe azul, para siempre.

Manuel: ¡Se resume en que te ibas a aburrir de mí!

Elena: ¡No! ¡Entiende! Nuestro amor nació herido de muerte. Para nosotros nunca habrá un final feliz.

Manuel: Entonces tu nana tenía razón. Eres muy simple eligiendo, no sabes elegir hombre. A mí me elegiste para la aventura momentánea y a Jaime para construir una vida, porque él es rico y porque eso es lo que tus papás quieren... Y por cierto, ¿cómo lo pensabas solucionar? ¿Ibas a fingir una resurrección? ¿Te crees tan santa?

Elena: ¡Eso no importa en este momento!

Manuel: ¡Sí importa! ¡Todo importa en este momento!
¡Todo es prueba de la forma cruel como fui humillado!

Elena: No estás entendiendo nada.

Manuel: Entiendo perfectamente. Y si realmente fui para ti todo eso que dijiste, debes saber que el gozo violento tiene un final violento, y muere en su éxtasis como fuego y pólvora, que al unirse estallan. ¡Yo te amé! ¡Y también merecía tu amor!

Tensión.

Lento acercamiento.

Miedo.

La daga muestra su brillo.

Elena trata de huir.

Elena: ¡Manuel!

Manuel: ¡Sí, Elena! ¡Manuel!

El intenso calor de la daga penetrando en la delicada piel de Elena.

El ahogo al fin llega.

Real.

Silencio.

Manuel: Puñal afortunado... oxídate en ella. Consúmeme en su piel. Sé lo que yo no pude ser.

Elena: Manuel...

Manuel la besa.

Elena: Tus labios están calientes...

Manuel: Quédate un poco más, aún no tienes que irte. Aún no canta la alondra.

Elena muere.

Manuel.

Solo.

El silencio penetra como nunca antes.

¿Qué hay después?

¿Qué queda para dar?

Cuando se ha dado todo.

Y todo ha sido devuelto como un golpe en la cara.

Manuel: ¡Cuántas veces los hombres son felices al borde de la muerte!

Saca de su bolsillo un pequeño frasco.

Mira a Elena detenidamente.

Manuel: Elena, ¿cómo sigues tan hermosa?

Sus ojos se nublan.

Gotas de dolor.

Manuel: Desde siempre presentí este final. Antes de entrar a aquella fiesta que me brindó el milagro de conocerte, presentí que algún accidente oculto en las estrellas iniciaba su curso esa noche, y terminaría poniendo fin a esta vida que guardo en mi pecho. Sin embargo, decidí entregarme a las manos del destino. Muerte, devoradora del amor, haz tu voluntad.

Lentamente abre la botella.

Sin fuerzas.

Entregado a la decisión de morir.

Manuel: ¡Ojos, mirad por última vez! ¡Brazos, dad vuestro último abrazo! Y labios, puertas del aliento, ¡sellad con un beso un trato perpetuo con la ávida muerte! Brindo por mi amor.

El brebaje baja hasta su corazón.

Un corazón agotado.

Un corazón asesino.

Un corazón que no entiende.

*Y cuando un corazón golpeado no entiende...
lentamente muere.*

Manuel: Con un beso muero...